

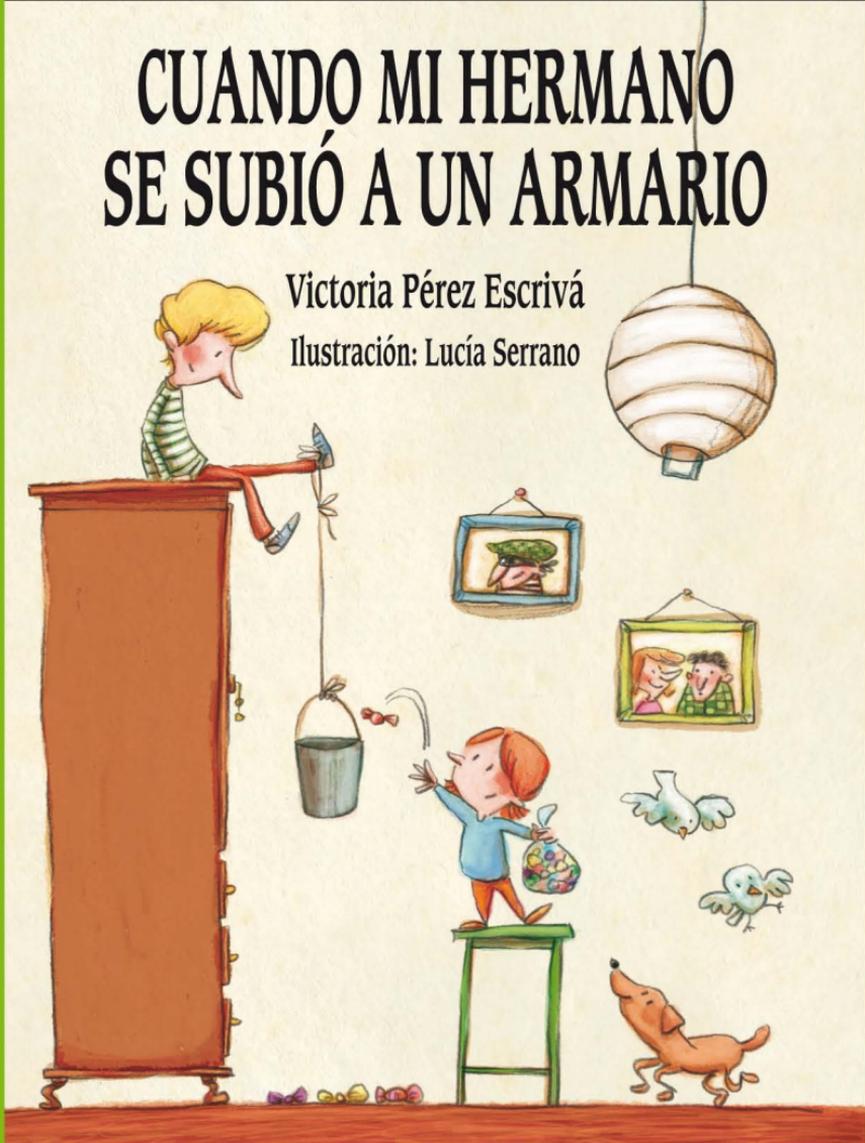


E L D U E N D E V E R D E

# CUANDO MI HERMANO SE SUBIÓ A UN ARMARIO

Victoria Pérez Escrivá

Ilustración: Lucía Serrano



ANAYA

*Esta obra obtuvo en 2010 el Primer Premio del XXIX Concurso de Narrativa Infantil «Vila d'Ibi».*



Ajuntament d'Ibi

© Del texto: Victoria Pérez Escrivá, 2011  
© De las ilustraciones: Lucía Serrano, 2011  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2011  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, abril 2011

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-667-9527-2  
Depósito legal: M-8566-2011  
Impreso en Estudios Gráficos Europeos, S.A.  
Polígono Industrial Neisa Sur  
Avda. Andalucía, km 10,300  
28021 Madrid  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía de la lengua española**, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

Victoria Pérez Escrivá

**CUANDO MI  
HERMANO SE  
SUBIÓ A UN  
ARMARIO**

PRIMER PREMIO DEL  
XXIX CONCURSO DE NARRATIVA INFANTIL  
«VILA D'IBI» 2010

Ilustración: Lucía Serrano

# Q U E R I D O L E C T O R

Hay historias parecidas a estas  
y mucha gente con historias  
que parecen diferentes  
pero que son la misma.  
Es el papel que envuelve  
los regalos lo que los diferencia  
Lo que hay dentro siempre  
es lo mismo:

un regalo.

Lo que hay dentro de un libro  
siempre es lo mismo:

una historia.

Para leer esta historia,  
cámbiate los zapatos de pie,  
ponte el derecho en el izquierdo,  
dale la vuelta a tus calcetines,  
péinate de manera distinta  
a como sueles hacerlo,  
besa a tu madre si nunca lo haces  
y sé simpático con ese que te cae  
tan mal.

Saluda tus amigos como si  
no los conocieras  
cuélgate boca abajo  
de un columpio.

Cómete el bocadillo por el final,  
unta la mantequilla de tostadas.

Dóblate, retuércete,  
hazte el enano,  
ponte tacones.  
Usa las gafas de tu abuela  
aunque veas bien,  
o quítatelas si eres miope.  
Deja de morderte las uñas,  
ve por otra ruta al colegio.  
O si quieres  
súbete a un armario.  
Quizá no encuentres una  
buena razón para hacerlo.  
Eso no es importante.  
Haz algo nuevo cada día  
para poder ver el mundo  
de otra manera.

Victor P.



# 1

---

## CUANDO MI HOMBRE DE PAN SE HUNDE EN LA SOPA

**E**STÁBAMOS sentados a la mesa. Mi padre discutía con mi hermano y yo miraba cómo una miga de pan se hundía en la sopa de fideos. Parecía un hombrecito ahogándose.

—¡Eh, mirad, parece un hombrecito ahogándose! —exclamé.

Pero nadie me hizo caso.

Mi hermano decía:

—¡No!

Y mi padre decía:

—¡Sí!

Mi hermano gritaba:

—¡Yo tengo razón!

Y mi padre repetía:

—¡No, yo tengo razón!

Cada vez chillaban más fuerte. Los cuchillos saltaban en la mesa, las cucharas arrojaban la

sopa fuera de los platos, el agua de los vasos nos salpicaba a todos. Mi madre no decía nada, pero a veces abría la boca como si fuera a decir algo. A lo mejor quería decir que ni sí, ni no, pero... ¿hay algo además de sí y no?

Iba a preguntarlo y entonces mi padre se levantó y golpeó la mesa con los puños tan apretados que las manos se le volvieron blancas.

—¡He dicho que sí y no se hable más! —exclamó con su voz más fuerte.

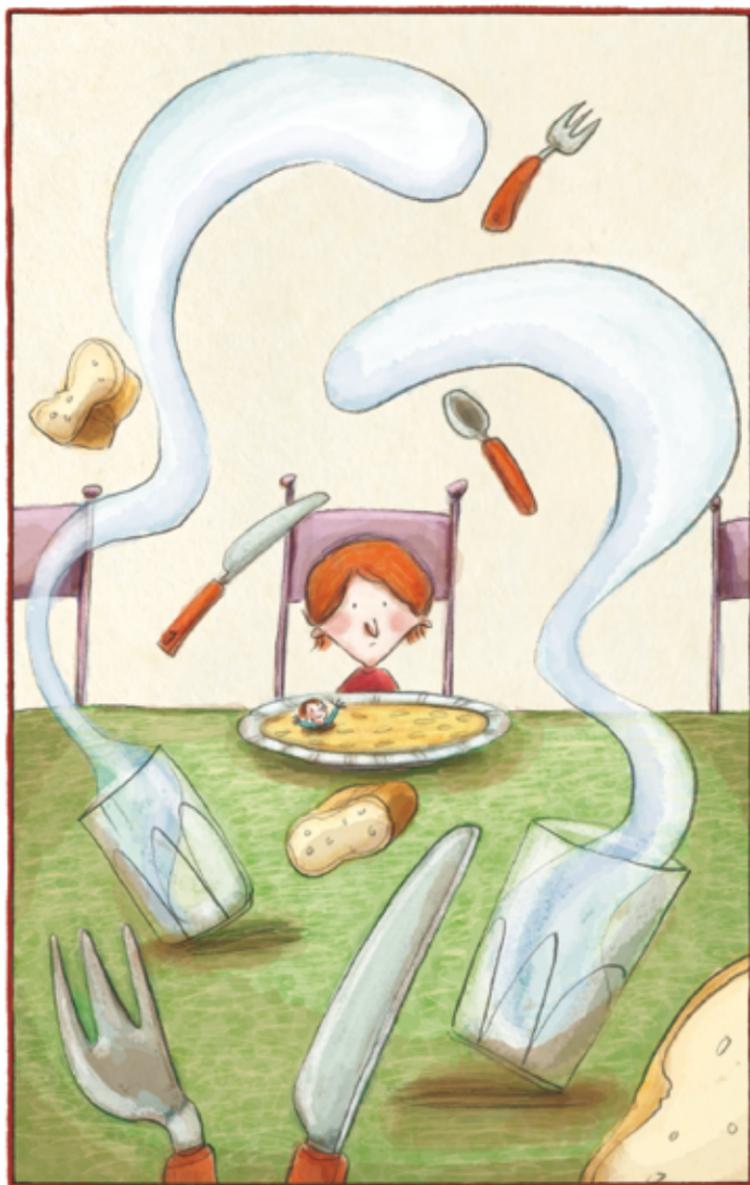
Mi hermano se puso muy serio y le miró a los ojos.

—¿Es esa tú última palabra? —preguntó.

Mi padre dijo que sí con la cabeza, y en ese momento mi hombrecito de pan se hundió en la sopa.

Entonces mi hermano hizo algo extraordinario: de un salto se subió a lo alto del armario.

Tenía doce años y el pelo tan rubio como el sol. Estaba sentado allí arriba y balanceaba los pies como si estuviera tomando una decisión muy difícil. Por unos minutos solo se escuchó el tictac de sus zapatos golpeando la madera.



—¿Vas a bajar? —preguntó mi padre mirando su reloj.

—Pues no —dijo mi hermano en voz muy baja.

—¿Y es para siempre? —preguntó mi padre con los puños aún apoyados sobre la mesa.

—Sí, para siempre —contestó mi hermano.

Su voz sonaba lejana desde allí arriba. Entonces me miró y vi que estaba triste. Yo creo que se daba cuenta de que «siempre» es mucho tiempo.

## 2

---

### UNA TORMENTA EN MI CASA

**A** LA mañana siguiente mi hermano seguía allí arriba. Yo me acerqué a charlar con él, lo echaba de menos. Estuvimos hablando sobre muchas cosas.

Él me explica que a un armario hay que subirse de un salto. Lo tienes que pillar desprevenido. Si no, se sacude y se revuelve, se balancea como un barco y se encabrita como un caballo.

Mi hermano ha domado a su armario. Eso dice, pero yo no estoy tan segura, aunque ahora el armario ronronee como un gatito.

—Inténtalo tú —me anima.

Cojo una silla.

Luego pongo encima otra.

Y encima un taburete de madera.

También pongo una caja de zapatos.

Respiro hondo y subo hasta arriba.

Desde allí doy un salto. El armario da una coz y yo me caigo al suelo.

Mi hermano parece desilusionado y triste.

Entonces mi padre saca una escalera vieja y la apoya contra el armario. Mi hermano asoma la cabeza.

—¿Vas a subir? —le pregunta. Tiene los ojos brillantes de alegría.

—¡Sí! ¡Y ya verás cuando suba! —exclama mi padre con el ceño arrugado.

Empieza a subir un peldaño y luego otro. La escalera se mueve. El armario se sacude con fuerza, tiembla y rechina. Da una sacudida como si estornudara, creo que tiene alergia a mi padre. Es muy peligroso.

—¡Ánimo, aúpa! —le anima mi hermano—. Aunque no vas a poder. —Esto lo dice en voz tan baja que solo lo oigo yo, que soy muy pequeña.

Mi padre está pálido y se agarra con fuerza a la escalera, que se balancea de un lado a otro porque un viento negro aúlla a nuestro alrededor. Me agarro a sus pantalones, me agarro a sus zapatos, me agarro a sus calceti-



nes, me agarro a sus cordones, salgo volando hasta el sofá. De pronto, todo se para. Mi padre se ha rendido.

—Mejor otro día —dice, bajando con mucho esfuerzo—. Hoy tengo trabajo. ¡Pero como suba...!

Mi padre tiene el pelo revuelto y la casa está toda desordenada, pero mi madre ha comenzado a arreglarlo todo muy deprisa.

Yo miro la escalera y pienso que un día subiré. Sí, un día yo también me subiré al armario. Eso pienso.

—¡Y será muy pronto! —le grito a mi hermano.

Mi hermano no dice nada. El armario está muy quieto, parece más tranquilo. Los abrigos crujen dentro de los plásticos y el techo está mas lejos y más oscuro.

—Pero aún no puedes —me dice.

Mi padre está rojo de vergüenza.

—¡No es tan difícil! —exclama, enrojecido—. ¡Y si no, ya lo veréis!

El armario hace un ruidito suave, me ha parecido oír algo como «Anda, atrévete».